

cio Allende, procuró cultivar sus talentos y lo prueba no solo las relaciones que siempre tuvo con toda clase de personas incluyendo las de algunos literatos, sino también la calificación que se hizo de su aplicación que fué de sobresaliente en su clase de teniente del regimiento de la reina, como muy luego veremos.

Según lo poco que se ha dicho, ya se deja entender que debió ser natural en Allende su inclinación á la carrera de las armas, pero cierto esto ó no, en lo que no cabe duda es que obtuvo el grado de teniente por despacho provisional del regimiento de dragones de la reina en 9 de Octubre de 1795, por despacho real en 19 de Febrero de 1796 de granaderos por decreto dado en 31 de Enero de 1781 por el virrey Don Félix de Marquina y de capitán en el año de 1809. (*)

[*] Dice el borrador de la propuesta que para dicho nombramiento se dirigió al rey, lo que sigue:

“ Señor—Hayándose vacante en el Regimiento de Dragones Provinciales de la Reyna, que está á mi cargo el empleo de capitán de una de las compañías del expresado Regimiento por muerte de Don Juan Jose Gonzalez, que lo servía, y siendo preciso, el proveerlo en persona de conducta, valor y aplicación, propongo á V. M. usando de la facultad que me tiene concedida.—En primer lugar á Don Ignacio José de Allende y Unzaga, que sirve á V. M. de Teniente desde la creación de este Regimto.—En segundo lugar á Don Juan de Aldama que sirve á V. M. trece años un mes, y veinte y dos días en esta forma; los ocho años, nueve meses y nueve días de Alférez y lo restante de Teniente.—En tercer lugar á Don Jose Maria Arevalo, que sirve á V. M. trece años un mes y veinte y dos días en esta forma: los ocho años

Desde la expresada fecha, es decir, desde 1795, es regular según lo que se asegura que hayan sido diversos los puestos para Allende, así en lo político como en lo moral, por que como lo hemos dicho ya, estaba bien relacionado y su corazón bondadoso y su genio resuelto deben haberlo empeñado en distintos lances; pero de ninguno de ellos hay más que tradiciones, así como de los relativos á su niñez cosa que también hemos dicho, y por lo mismo solo nos detendremos en referir los que son absolutamente ciertos al decir de los que nos los han comunicado y esto no porque los consideremos de grande interés respecto de otros, sino porque cada uno de ellos da una idea más clara del carácter de Allende, que es lo que cumple á nuestro propósito.

Dan una idea de su valor los pasajes que siguen:

Era perseguido en San Luis Potosí con motivo de la repetición de sus contrabandos un sujeto conocido por el sobrenombre de máscara de oro y haciéndose difícil su aprehensión pidió la intendencia de aquella ciudad á la de Guanajuato, algún auxilio de tropa y entre las que salieron con este fin iba parte del regimiento de la reina y en su clase de teniente. Don Ignacio Allende. Allá permanecieron por algún

“ nueve meses y nueve días de Alférez y lo restante de Teniente.—Todos los tres propuestos son beneméritos para ser atendidos; pero particularmente Don Ignacio Jose de Allende y Unzaga, consultado en primer lugar por su antigüedad.—San Juan de los Llanos 1º de Diciembre de 1,808.”

tiempo, sin emprender expedición alguna de importancia, porque el contrabandista y su gavilla se habían fugado cesando con tal motivo la alarma que originara en un principio; pero antes de regresar el regimiento, mandó no sé por qué causa Don Félix Calleja, que era comandante de dicha ciudad, reducir á prisión á su secretario, el cual, según parece, no obedecía y en consecuencia, fué preciso mandar una patrulla para hacer efectiva la orden: aquel funcionario se resistió igualmente y dudando el cabo de la patrulla si debería hacer uso de la fuerza, atendiendo al empleo y la condición del secretario, volvió á dar cuenta del resultado y á pedir nuevas instrucciones. Calleja se encolerizó por la obstinación de su secretario y por la debilidad del cabo y con la precipitación que era natural en aquel caso, dictaba nuevas y más enérgicas providencias para hacerse obedecer; pero Allende, que acababa de entrar á la Comandancia é informado por el propio Calleja de lo que había ocurrido, ofreció que sin aparato de armas ni otro auxilio, iría á traer al secretario con tal de que se le autorizara al efecto sin restricción alguna. Se le autorizó y sin siquiera llevar su espada, se le presentó al secretario, y tomándolo de una oreja le dijo: "por bien ó por mal, pero usted se presenta en este momento en la Comandancia;" lo cual sucedió, pues luego conoció el secretario con qué clase de sujeto se las había. Pocos días después el preso fué mandado á México, donde continuó en prisión hasta que median-

te algunos empeños, logró su libertad absoluta; se volvía á San Luis, y murió de fiebre en Querétaro á consecuencia de un baile en que se desveló y agitó.

En otra ocasión volvió á salir de esta ciudad para la de Querétaro el regimiento de la reina, donde debía dar guarnición, mientras volvía el que lo era de allí, y llevaba su nombre. Sucedió que habiendo dado orden las autoridades de Querétaro de que á las oraciones de la noche se disolviera el comercio conocido con el nombre de baratillo, y no queriendo retirarse las gentes que á él concurrían, fué necesario que el regidor comisionado pidiese auxilio de tropa armada, pero lejos de ser obedecido, á pesar de esta fuerza, la plebe comenzó á insolentarse y en este conflicto se le fué á avisar á Allende que estaba á la sazón en el cuartel, y montando en el acto mismo á caballo se presentó en el lugar de la escena, y aunque ya se había trabado la lucha entre paisanos y soldados, él comenzó á repartir cintarazos, haciendo entender que las autoridades debían ser obedecidas, y antes de media hora se restableció completamente el orden.

En la misma población muy poco tiempo después de este suceso obséquiaron los oficiales sanmiguelenses con un baile á algunas familias con quienes tenían relaciones de amistad y cerca de la media noche tal vez por solo efecto de los licores que habían tomado ó por el disgusto que les causó la presencia de otros oficiales queretanos y de paisanos también á quienes

no se les había convidado, se empezaron á chocar, y la contienda y el enojo se extendieron hasta el término de ser preciso hacer uso de sus espadas con gran susto y mortificación de parte de las señoras y demás concurrentes. Por fortuna estaba allí un músico del regimiento de la reina que sabía donde estaba Allende en aquella hora y corrió á avisarle haciendo que viniera á la mayor brevedad como lo hizo. Si solo hubiera habido allí subalternos suyos se habría terminado desde luego aquella especie de San Quintín porque todos lo respetaban, y más bien dicho, lo temían, pero como se ha indicado, había en el baile oficiales de otros cuerpos y paisanos á quienes acaso ni aun habría visto antes con la circunstancia á mayor abundamiento de que en esa noche ni aun portaba sus divisas, pues vestía de charro, conforme á los caprichos que en este punto solía tener, y por lo mismo su entrada no causó de pronto sensación alguna. Sin embargo, él se dirigió de preferencia á los suyos, echándoles en cara aquel escándalo y especialmente su falta de respeto á las señoras que estaban allí: y ellos, aunque le daban satisfacciones en los términos más moderados, como al hacerlo culpaban, como siempre sucede en estos lances á sus antagonistas, empezaban de nuevo las contradicciones: Allende intentó aún aquietarlos, mas no pudiéndolo conseguir y aun siendo de algún modo provocado, se vió en la necesidad de desenvainar su sable, y esto y los fuertes golpes que daba ocasio-

nó una escena diversa y mil veces más peligrosa, porque algunos por temor ó por irreflexión apagaron las velas que había en la sala, lo cual lo indignó todavía más y el desorden subía hasta el último punto: cualquiera se habría aturdido y visto en la mayor perplejidad, pero Allende tenía la ventaja de ser sereno y darle lugar á la reflexión aun en los riesgos más inminentes, y sin dejar su actitud amenazadora, se dirigió violentamente hacia la puerta y desde allí intimó á los que estaban adentro á que ninguno se moviese ni menos osara salir hasta en tanto no volvieran á encender las velas, seguro de que él no se retiraría hasta que no quedasen en la casa más personas que los dueños y de este modo terminó aquel caso que sin él habría sido de funestas consecuencias.

Era muy inclinado Don Ignacio Allende á toda clase de ejercicios á caballo, y en todos aquellos á que se dedicó era sobresaliente, no desdeñándose por tal de satisfacer su gusto de asociarse con cualquiera que supiese colear, torear, lazar, etc., fuese caporal ó vaquero, eclesiástico ó militar y con mucha más razón manifestaba su contento cuando se asociaba con sus amigos y paisanos, los que en general se habían entregado tanto en aquellos días á esas diversiones fuese por complacer á Allende, fuese por su propio gusto, ó por ambas cosas á la vez, que es lo más cierto que muchas veces y á grandes distancias solían ir en número de veinte ó treinta á las haciendas propias ó ajenas si ha-

bía en ellas algunas de dichas diversiones. Tampoco en estas cosas podía dejar de tener algunas aventuras en las que siempre manifestaba su resolución, y singular pujanza.

Refiérense muchas y algunas de ellas increíbles, pero nosotros, conforme á nuestro plan y no queriendo mencionar sino las muy sabidas en esta población como que varios las presenciaron y viven aún, sólo estamparemos las siguientes: Se solemnizaba aquí antiguamente el día de Señor San Miguel como patrón nuestro titular con fiestas que llamaban reales en las que durante dos ó tres semanas se lidiaban los toros más famosos por su bravura y en el último día toreaban de las personas decentes ó notables, todas las que querían, repartiéndose las comisiones con arreglo á su inteligencia ó humor, por lo que había capitán, toreros, locos, lazadores y picadores, haciéndose con este motivo mucha mayor la concurrencia, pues en uno de estos días, siendo capitán como debe suponerse Don Ignacio Allende, sin saberse porqué un toro que al picarlo, capotearlo y banderillar lo había acometido á todos con igual fiereza, esquivaba de alguna manera la presencia de Allende, que lo llamaba para matarlo, pues solo daba el primer bote y no el segundo, que es en el que hace lance el torero. Allende lo buscó varias veces, mas el toro entraba una sola vez y corría; y esto le impacientó hasta el término de hacer que los demás de á caballo y de á pie lo rodearan y así lo fué estrechando hasta que lo tomó con

la mano izquierda del tercio de la llave y con la derecha le traspasó el corazón con su espada, haciéndole caer muerto á sus pies. Pero en estos ejercicios, á pesar de sus fuerzas y agilidad no siempre salía bien librado y era porque abusaba de su suerte. En una ocasión andaba con algunos amigos todos traviosos y animados por una emulación recíproca, en los cerros de la hacienda de la Cañada de la Virgen, poco distante de esta población y encontrando algunos toros, se entretenían en colearlos, no obstante lo fragoso del terreno, el resultado último fué que al rolar un toro por un alto declive cayó Allende con todo y caballo, lastimándose de gravedad un brazo y quebrándose la nariz, por cuya causa la tenía y tuvo torcida hasta que murió.

Era costumbre entonces, lo mismo que ahora, que la mayor parte de las familias de esta ciudad saliesen en la estación de las aguas á sus haciendas y como convidaban y llevaban consigo á varios amigos ó personas de aprecio, se hacía una reunión muy grata, que por lo mismo se prolongaba un mes ó más. Pues bien, Allende, que como hemos indicado, tenía íntimas relaciones con dichas familias, iba allá á visitarlas con frecuencia y en estas visitas le ocurría de vez en cuando meter en la sala un becerro bravo á horas en que estaba más concurrida por la música y el canto, por el juego de cartas ó por solo platicar, pues una de las razones porque son tan satisfactorias estas reuniones, es por la libertad con que cada cual obra y elige la diversión que es

más análoga á su genio ó á su gusto, y cerrando la puerta ocasionaba un gran movimiento con especialidad entre las señoras, que se subían al estrado, se agrupaban, se separaban, se reían ó lloraban también, según las impresiones que cada cual recibía, y esto era lo que entretenía á Allende, si bien siempre con el cuidado de impedir que persona alguna fuese golpeada, y de echar fuera al becerro luego que el riesgo comenzaba á ser de alguna consideración.

Había aquí un anciano conocido con el nombre de tío Arriola, soltero y que no reconocía pariente alguno, y subsistía de un tendajón de triste apariencia sí, pero de un regular fondo porque siempre había en la trastienda efectos de valor y que siempre vendía caros, y únicamente al menudeo; era muy tacaño además, por lo que no tenía más que un indito que le compraba la comida en la fonda y que ni aun le dejaba en la noche en la casa, temiendo sin duda que le robase algo, ó que se dejase seducir por quien pudiera hacerlo. Así vivía este hombre infeliz haciendo dinero, y sin más relaciones que las que era preciso tener con sus marchantes, cuando por un descuido inesperado en él, empezó en una noche bien tarde á quemarse su tienda, lo cual no se observó hasta que comenzaron á salir las llamas por una claraboya que había sobre el marco de la puerta que daba á la calle, y esto por casualidad, pues como se ha dicho y es bien sabido, en esa fecha no había

serenos, ni otra defensa ó precaución alguna para el público. Se tocó á fuego en la torre inmediatamente, y bien pronto se reunieron varias gentes en la casa de tío Arriola; mas éste, que dormía en la trastienda, aturdido ó sofocado por el humo, no podía, según dijo después, levantarse, á pesar de que conocía su inminente peligro, oía gritos en la calle y fuertes y repetidos golpes en la puerta. La cosa en estos términos era fatal para él, pero Allende tuvo noticia con oportunidad de la ocurrencia y al instante se dirigió á dicha casa con algunos amigos suyos, y cuando vió que el incendio seguía, dejándose ya percibir en la tienda ese crugido sordo y horroroso que precede á la caída de los techos, medio abrasados y que no había esperanza de que abriesen por dentro, se acercó á la puerta del pequeño zaguán acompañado de dos de sus expresados amigos, porque más no cabían, y haciendo un esfuerzo desmedido, logró arrancar ambas hojas, que dieron salida á una nube de humo espesa y caliente, que lo ahogaba y así pudo entrar hasta la trastienda por la puerta que daba al patio, que también estaba cerrada, y forzó á pesar de las persuaciones que se le hacían para que desistiera de su empresa en vista del riesgo que corría su vida, y sacó en sus brazos al pobre viejo casi moribundo por la cercanía del fuego, y sobre todo, por el susto, salvándole así su existencia.

Dícese que Don Ignacio tenía relaciones amorosas con una joven de este lugar rica y hermosa, cuyo nom-

bre omitiremos por existir aun varios parientes suyos, y que su familia repugnaba el matrimonio á que aspiraba Allende, no tanto por inferioridad de intereses pecuniarios, ni por su posición social, pues Allende era de calidad noble como lo expresa su hoja de servicios que dejamos citada, cuanto por el desconcepto que le habían originado algunas aventuras ruidosas en línea de amores, única falta que con fundamento podía notarse en su persona, y el temor que inspiraba su natural audacia en ciertas ocasiones, aun á pesar de su buena educación. Cabalmente por esta causa y cierta la familia de que la joven correspondía á Allende, se resolvió á trasladarla á la casa de un primo suyo, que disfrutaba de muchas consideraciones en la población no solo por su gran caudal, pues era mucho más rico que su prima, sino por las que justamente le guardaron á su padre, que mereció por su beneficencia el glorioso renombre de padre de los sanmigueleros y á quien además, profesaba miramientos Allende como su superior en el regimiento de la reina, de que él era teniente como hemos dicho.

Sin embargo, continuaba sus pretensiones con la decisión que le era característica y Dios sabe cuál habría sido el éxito á seguir las cosas en su orden natural, pero sucedió que un hermano de la joven se propuso contrariar la intención de Allende; fuese por capricho, como algunos creyeron, ó por las mismas razones de su familia, siendo en él más profunda su impresión, y á

ese fin puso en ejercicio cuantos medios le inspiraba su resentimiento ó su inteligencia.

Así pasaba el tiempo y sin que viese un hecho que determinara radicalmente el triunfo por alguna de las partes interesadas, le ocurrió al hermano de la joven la idea de intimidar á Allende, y no queriendo ó no pudiendo, que es lo más cierto, hacerlo personalmente, mandó venir de una de sus haciendas de campo cuatro vaqueros y los armó á cada uno con su espada, previniéndoles bajo la mayor reserva que á las once de la noche se colocaran cada cual en los primeros pilares de uno de los portales de la plaza de esta ciudad por donde Don Ignacio Allende debía pasar, según su costumbre, y sin explicaciones de ninguna clase, lo golpearan cuanto les fuese posible y se ocultaran en seguida, lo cual entonces no habría sido difícil, atendiendo á la oscuridad de las calles por falta de alumbrado y á la soledad que en ellas era consiguiente á lo avanzado de dicha hora. Los cuatro hombres se pusieron donde se les mandó y Allende pasó según la indicación que se había hecho, mas el resultado no fué conforme con las esperanzas, porque Don Ignacio Allende, que era diestro en el manejo de toda clase de armas, especialmente en el de la espada, y era fuerte como un león, apenas advirtió que se desprendían de los pilares unos que se le avalanzaban con arma en mano, desnudó su sable y descargó sobre el que más se le acercaba

tal golpe, que bastó para derribarlo por tierra y en seguida afianzó por un brazo al más inmediato, dejando que corrieran los dos restantes y le amenazó con que le privaría de la vida en el acto si no le confesaba quién había dado orden de que lo atacaran de aquella manera y el hombre oprimido por la dureza de aquel puño y vencido por el respeto que le tenían, pues todos ellos le daban el tratamiento de amo, le manifestó sin rodeos el nombre de la persona por quien se le preguntaba y de este modo se escapó fácilmente de aquel peligro. Satisfecho de la noticia que deseaba tener, despidió á aquellos miserables, limitándose á prevenirles se abstuvieran en lo sucesivo de empresas como aquella, fuese con él, ó con cualquiera otro, pero al día siguiente pasó á la casa de su adversario, y echándole en cara su procedimiento, lo amenazó en los propios términos que á sus criados. Cualquiera habría creído que por decencia ó por solo un principio de delicadeza, su enemigo se había de sostener de algún modo, mas no fué así, porque después de haber reconocido su falta contestó, aunque lleno de rubor, que no hallándose con el valor correspondiente para batirse con Allende, y anhelando por el rompimiento de las relaciones que éste mantenía con su prima, fuesen cuales fuesen los medios, no había vacilado en atacarlo del modo que lo había hecho.

Hasta aquí nada ofrece de particular el comportamiento de Allende, porque esto es lo que comunmente pasa en casos semejantes, pero el último desen-

lace sí fué del mayor interés, porque enternecido á lo que parece con la confesión tan ingénua de su enemigo, la que le chocó, tanto más cuanto estaba satisfecho de que no carecía de ánimo, le tomó afectuosamente la mano y le ofreció que á pesar del sacrificio en que iba á empeñar su corazón desistiría de sus compromisos con su prima y lo cumplió con toda lealtad.

Algunos, á lo que parece, tratando de rebajar esta acción, creen que no debía dar á la amistad la preferencia sobre el amor y más cuando le era tan ventajoso el matrimonio á que por estar correspondido tenía un indisputable derecho; y otros, que si prescindió de sus relaciones fué porque previó sagazmente que viviendo la mujer que amaba en casa de un hombre célibe y poderoso por sus riquezas y representación y que podían tratarse con la intimidad á que les autorizaban los vínculos de la sangre, desconfió de sí mismo y se aprovechó de aquella coyuntura para retirarse honrosamente. Nosotros no sabemos hasta qué punto puedan ser fundadas estas conjeturas, pero sí debemos decir que esto importa un juicio demasiado severo de los sentimientos de Allende y que se le agravia gratuitamente una vez que hay desatención en orden al hecho tal cual se presenta por sí mismo y se califica por motivos que así pueden ser reprobables como plausibles. La verdad que arroja de sí la especie y que por lo mismo nos basta, es que Allende era capaz de un grande sacrificio desde el propio instante en que él lo creía

necesario, fueran cuales fuesen sus sentimientos y equivocarse ó no en sus juicios, y que más no se puede exigir de un hombre.

Diremos, por último, sobre este particular y por el contacto que tiene una cosa con otra, que la joven de que se trata casó efectivamente con su primo algún tiempo después del año de 812, dejando tres hijos varones que también fallecieron ya, sin haber dejado sucesión alguna.

Antes del suceso que queda referido y después, tuvo Allende diversas relaciones amorosas. Con suma facilidad las contraía y con dificultad les ponía término. Lo primero era debido á su carácter amable al mismo tiempo que resuelto; á su natural constancia aun en empresas de ese género: á la elegancia con que acostumbraba vestirse, con especialidad el traje militar, y á su físico no menos interesante, pues más bien que de un cuerpo regular, era alto, de pelo rubio y crespo, lo mismo que la barba, blanco, de ojos garzos y muy vivos, nariz aguileña, aunque ligeramente torcida por habérsela quebrado en una de sus diversiones de campo como hemos dicho, su boca bien formada, si bien animada siempre por una sonrisa equívoca que así anunciaba la condescendencia como también el desdén, era de contextura atlética y ninguna de sus posturas y movimientos dejaba de manifestarlo. Su locución era fácil y habría sido de más atractivo si no hubiera tenido el defecto de cesar aunque levemente la voz. Lo se-

gundo, porque teniendo hijos (*) en

[*] Todavía existen algunos y en verdad que todos ellos con corta diferencia heredaron su valor. En prueba de ello copiaré en seguida un certificado que el general D. Joaquín Rea expidió á D. Guadalupe, hijo natural de Allende, (como es público en esta ciudad,) y que merece conservarse, no solo por la razon antedicha, sino porque los servicios que en el se mencionan, son tanto mas estimables, cuanto mas útiles fueron á la nacion, pues todos tuvieron lugar en la guerra que México sostuvo con los Estados Unidos en los años de 1,847 y 48, Dice así.—“ Dos sellos particulares que dicen “Del General Rea”—El General Joaquin Rea.—Da este documento al capitán de la 1a. compañía del Escuadron de Independencia D. Guadalupe Allende, manifestando que, desde el mes de Agosto de mil ochocientos cuarenta y siete que se incorporó ó se puso á mis ordenes en Amozoc con una partida bien montada y armada, no ha cesado de hacer la guerra á los Norte Americanos de una manera decisiva y con un valor nada comun, pues en todo el tiempo del accedio de Puebla se portó bizarramente, y el mismo día que desocupamos la Plaza, se manejó con la mayor valentia lanceando yankees en las calles de la Sma. y Miradores: despues hizo lo propio en los molinos de Atlisco, en la Galarza, &; y para mí tiene la gran recomendacion de que á mas de muy subordinado, ha hecho siempre por evitar muchos desordenes á los de sus inmediatas ordenes, castigando sin ningun disimulo cualquiera de sus estravíos. Recorrimos todo el territorio de Tlaxcala, y sin abultar debo decir: que nada, nada, me ha dejado que apetecer; ha sido para mí uno de los servidores más fieles, con la gran circunstancia de que en Noviembre, Dicbre. y Enero últimos sin embargo de las terribles miserias á que estuvimos sujetos, porque nada, nada, nos ministró la Hacienda pública, y si fui sosteniendo la fuerza con dádivas de algunos buenos mexicanos, mucho fierro que vendí en Izucar Don Martin ó sea San Nicolás Chieutla, Chiautla, & Zapatos que aun tengo empeñados en Matamoros, la tropa del Sr. Allende se condujo con tanta firmeza y constancia, que hasta la fecha existen y marchan hasta Iguala escoltando las cargas de tabaco que remito al C. S. Gral. en Jefe del Sur D. Juan Alvarez,

cada una de las mujeres con quienes entraba en relaciones, el amor natural de padre no le permitía abandonar á éstos, lo encadenaban por más ó menos tiempo, según las circunstancias, y según también la calidad de las mujeres; pues no siendo en su juventud muchos ni grandes sus escrúpulos en esta materia, solía tenerlas de todas clases.

Sin embargo, á la edad de 22 ó 23 años amó con verdadera pasión á una señorita cuyo nombre también callaremos por existir aún varios parientes suyos, en la que tuvo un hijo por nombre Indalecio, del que á su tiempo volveremos á hablar, y sin duda se habría casado con ella; pero su tío Don José María Unzaga, á quien respetaba como padre, se lo impidió constantemente y tuvo que prescindir, aunque muy á su pesar, de sus pretensiones, limitándose á recoger á dicho su hijo, que reconoció públicamente.

Después de algún tiempo y probablemente de cosa de 30 años, casó con

“ á quien suplico muy encarecidamente autorize
 “ ó dé con su firma á este documento toda la fuer-
 “ za y validacion que justamente merece el inte-
 “ resado, ya sea porque confirmé, al lado de S. C.
 “ con todos sus muchachos, como yo lo apeseco
 “ de bueno gana, ó bien porque quiera dicho S.
 “ Allende retirarse á descansar. Al Alferez Don
 “ Pablo Sanchez voy á estenderle otra igual cons-
 “ tancia, porque se haya en el propio caso, y se
 “ ha portado muy bien, bien. Dado en Xochi-
 “ huehuetlan á veinte y cuatro de Abril de mil
 “ ochocientos cuarenta y ocho.—Joaquin Rea.—
 “ Tetecala, Mayo 31 de 1848.—Se presentó el ca-
 “ pitan de caballeria D. Guadalupe Allende, com-
 “ prendido en el resguardo que antecede, y conti-
 “ núa su marcha para el estado de México.—Qui-
 “ jano.”

doña Agustina de las Fuentes y Vallejo, viuda de don Benito Aldama. (*) No hemos podido saber la causa de este enlace, pues Allende, á la edad que actualmente hemos mencionado, se manifestaba enemigo del matrimonio, pero sí podemos decir, porque fué público en esta ciudad, que amó tiernamente á su esposa, de la que no tuvo sucesión y que aunque siempre alegre y sociable, porque éste era su carácter, le guardó fidelidad y no volvió á dar qué decir, ni aun después que enviudó, al año ó dos años, como tampoco en lo sucesivo, no obstante la libertad, el tiempo y la ocasión que por todas partes le brindaban.

A su fallecimiento la señora Fuentes instituyó á Allende por heredero único y universal de sus bienes, que según nos han informado, podrían ascender á

[*] Dice la partida de casamiento:

“En el año del Sr. de 1802 á 10 de Abril. Yo el
 “ Dr. Dn. Victorino de las Fuentes con licencia
 “ del Sor Cura y en virtud del superior despacho
 “ de su Señoría Ilma. expedido en la ciudad de
 “ Valladolid á 2 del mismo en que se sirvió dis-
 “ pensar la publicación del matrimonio casé dije
 “ la misa nupcial en la Iglesia del Santuario de
 “ Atotenilco á Dn. Ignacio Allende, español de
 “ origen y vecino de esta villa hijo legítimo de
 “ Don Domingo Narciso de Allende y de Da.
 “ Maria Ana de Unzaga difuntos con Da. Maria
 “ de la Luz, Agustina de las Fuentes tambien es-
 “ pañola de este origen y vecindad viuda de Dn.
 “ Benito Manl. Aldama un año ha cuyo cuerpo
 “ está sepultado en la Iglesia de N. P. S. S. Fran-
 “ cisco: fueron padrinos el teniente coronel Dn.
 “ Juan Ma. Lanzagorta y Da. Manuela de Allen-
 “ de. Testigos el Br. D. Francisco de Unzaga
 “ y el Br. D. Leon Vicente Marin y lo firmé con
 “ el Sr. Cura Br. Jacinto Campiña.

treinta y tantos mil pesos, mas no entró en posesión de ellos, fuese por la distancia á que se hallaban, pues la mayor parte de ellos estaba en Queretaro, fuese también por su natural desprendimiento en punto de intereses pecuniarios.

Este retardo y motivos que hasta ahora ignoramos, le originaron un litis sobre la herencia con el doctor D. Victorino de las Fuentes, hermano de doña Agustina, y aunque nos han informado también obtuvo sentencia favorable, no disfrutó de dicha herencia, primero, por las razones que quedan asentadas, y segundo, porque dedicado á asuntos de mayor importancia para él, no volvió á hacer caso de ella. De todo ese negocio, y sin embargo de nuestro empeño, no hemos podido adquirir más documentos que una carta dirigida al doctor Fuentes, la cual copiamos en seguida, por ser autógrafa y porque escrita en lo confidencial revela, más que ninguna otra cosa, los verdaderos sentimientos de Don Ignacio Allende. Dice así:

“Señor Don Victorino de las Fuentes. Tu casa, y Marzo 3 de 1805. — Estimado hermano, y muy señor mío. La defensa que he hecho del testamento de mi esposa es para llenar como debo mis obligaciones y mi honor, y como sé que nada he hecho ni dicho en ella, que no sea verdad y justicia, el íntimo conocimiento que tengo de esto me hace esperar la victoria. Descanso en el testimonio de mi conciencia y en la integridad del Juez que nos juzga. En tales circunstancias, no pue-

do creer por posible que haya de ser condenado en lo que yo cabalmente sé que nada debo. No podré disputar contigo en algo, porque carezco de las luces que á ti te sobran y así no extrañes que rehuse contestarte por cartas en el asunto, pero ni tampoco podré hacerlo en lo verbal, pues así no menos me embarazarás con tu persuasión y tergiversación de palabras, que yo no puedo proferir, sino con sinceridad y sin estudio ó compostura.

Ya dimos testimonio de nuestra armonía y disposición cristiana comprometiendo nuestros derechos al fallo de un excelente juez, ¿qué nos resta, pues, que aguardar si no su sentencia, y conformarnos con lo que disponga la Providencia, que será lo que más nos convenga?

Protesto que á pesar de esta contienda, mi corazón no la siente aún. Te amo en lo muy de veras, y vivo en positivos deseos de que acabe este pleito pronto para refrendar nuestra antigua amistad, y hacerte creer con todos mis servicios que sin novedad es todo tuyo tu apasionado hermano y servidor Q. T. M. B. Ignacio de Allende.”

Todo cuanto hasta la presente se ha dicho, aunque sin atender al orden cronológico por absoluta falta de datos, tuvo lugar en la juventud de don Ignacio Allende, es decir, hasta su edad de 32 á 35 años, y si se quiere, nada excederá la esfera de lo vulgar, pero vamos á entrar ya en su segunda y última época, en la que sin duda alguna se nos presentará grande en sus hechos

sintiendo únicamente no hallarnos con la capacidad suficiente para dar una idea de ellos, ya que en su totalidad nos es del todo imposible. Hablamos de la independencia de México, debida después de Dios á sólo su genio poderoso y á la incontrastable fuerza de su voluntad.

Esto último, a primera vista, no ha de ser atendido ni mucho menos creído, por dos razones: la primera porque así en los libros que hasta ahora se han escrito bajo el título de historia de México y sus revoluciones relativas al año de 1810 ó con otro semejante, como en las oraciones cívicas pronunciadas el diez y seis de Septiembre, conmemorando la voz de independencia, y aun en las comunicaciones oficiales, aunque se menciona el nombre de Don Ignacio Allende, no se le da el primer lugar como es debido, y segunda por que no habiendo ya todos los datos necesarios, esto es, documentos fehacientes y por lo mismo indudables en orden á dicha revolución, no queda más recurso para subsanar este defecto, que la tradición por una parte y verosimilitud por otra. Sin embargo, nosotros preguntaremos, ¿cuáles han sido las bases históricas de esos escritores? ¿cuál su punto de partida? nos sería fácil copiar al pie de la letra lo que todos ellos han escrito acerca del principio de la insurrección, comenzando desde Don Carlos María Bustamante, á quien por su pueril credulidad en el cuadro histórico suele Don Lorenzo Zavala dirigirle duros sarcasmos: el mismo Zavala, que nom-

braba Miguel á Allende, llamándose Ignacio, le daba el grado de coronel, no siendo sino capitán, si bien manifestó que estando en París, donde escribía su "Ensayo Histórico," había dejado en México sus apuntes y no podía, por lo mismo, hablar con la extensión y datos correspondientes; Don José María Luis Mora, en su obra titulada "México y sus revoluciones," que en sustancia dice lo mismo que Bustamante; conducta extraña, pues habiendo nacido y vivido algún tiempo en un pueblo que solo dista seis leguas de esta ciudad, cuna y teatro de aquellos sucesos, y poseedor además, de una crítica que revelan desde luego su talento y capacidad; bien pudo haber escrito esta parte de su historia con bastante exactitud, y don Lucas Alamán en la suya, que tituló "Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente," que incurrió en mayores inexactitudes que sus predecesores y probar con sus propias palabras que ni uno solo presenta un buen atestado, pero nosotros no nos proponemos impugnar á esos autores por ser empresa superior á nuestras fuerzas y porque estamos seguros de que tarde ó temprano otros mexicanos lo harán empeñosamente, pues no es posible que acaecimientos tan importantes como los que dejamos indicados, dejen de ponerse en su verdadero punto de vista, siquiera por un principio de honor, ya que no fuese por un sentimiento de gratitud; sino referir sencillamente lo que hemos oído